

CAPÍTULO XLVIII.

VIAJE DE PIO IX POR LAS PROVINCIAS DE SU ESTADO.

EN 1857 Su Santidad quiso visitar personalmente las principales poblaciones de su limitado reino, á fin de cerciorarse por sí mismo de las necesidades y situacion de sus pueblos, y atenderlas con aquella solicitud paternal que le caracteriza. Á la raíz de los grandes acontecimientos que se preparaban, y que la corte romana preveía, aquel viaje, además de ser un acto piadoso del Pontífice, era un acto altamente político del Monarca. Constábale al Papa la ardiente popularidad que disfrutaba entre sus súbditos, y convenia en extremo que la Europa viese de ella una grande y espontánea manifestacion, para que á nadie pudiera caber racional duda de que cuanto pudiera ocurrir en lo sucesivo en contra del trono pontificio, no podia tener otro móvil que el del sagaz artificio de la perversa diplomacia. Ya el Piamonte habia empezado á mostrar su aficion al sistema plebiscitario, y era presumible que lo aplicaria como el medio mas expedito de legitimar aparentemente las anexiones que entraban en el plan y programa de la unificacion de la Italia.

Presentándose Pio IX á sus pueblos, recibiendo de ellos inequívocas y constantes pruebas de fidelidad y de cariño, contestaba el Papa de antemano á los que en el porvenir pretendieran desvirtuar la fisonomía de los Estados pontificios.

Á principios de mayo de aquel año Su Santidad partió de Roma, despues de haber invocado la proteccion del cielo; todos los pueblos esperaban con santo frenesí poder recibir la bendicion de su mano; como las relaciones de los súbditos pontificios con el Papa-Rey tienen mas el carácter de filiales que de políticas, las fiestas celebradas eran mas que otra cosa verdaderas expansiones de familia.

El pueblo de Tolentino, creyendo que el Padre Santo pernoctaria en la morada que le tenia dispuesta, habia exornado una magnífica alcoba, en cuyo techo una mano maestra pintó un exquisito medallon representando á Pio IX conducido á Loreto por el Ángel de Roma, teniendo al rededor la siguiente inscripcion:

SALVE, VIRGO SINE LABE CONCEPTA,
VIGILANTEM
PIUM
CUSTODI DORMIENTEM
QUI TE IMMACULATAM DECLARAVIT.

Uno de los puntos que Pio IX se propuso visitar en su expedicion fue el santuario de Loreto; ya dijimos en el primer tomo de esta historia que allí el jóven Mastai Ferretti habia ido á buscar las celestiales inspiraciones y las fuerzas de que tenia necesidad cuando se vió en el caso de elegir estado. En reconocimiento á los favores que en aquel templo habia recibido, quiso hacerle solemne y pontificia visita y honrar de edificante manera á la Virgen en aquella casa en la cual de los Ángeles empezó ella á ser especialmente honrada.

Diez pontífices sumos habian hecho, antes que Pio IX, la santa peregrinacion á Loreto, además de una multitud de Santos, entre ellos Ignacio de Loyola, Francisco de Sales, Luis Gonzaga, Carlos Borromeo, Alfonso de Liguorio y Brígida, y de muchos ilustres príncipes, como Juan Paleólogo, emperador de Constantinopla; Carlos IV, Federico III y Carlos V, emperadores de Alemania; Cristina, reina de Suecia; las tias de Luis XVI, Carlos IV, rey de España; el príncipe Eugenio, virey de Italia; y otros.

Imposible es describir las emociones que sintieron las muchedumbres congregadas en Loreto para presenciar la visita de Pio IX á su predilecto santuario.

En aquella santa casa, acompañado de los eminentísimos cardenales de Angelis, Brunelli y Morichini, y de los obispos de Ancona, Macerata, Loreto, Ripatransone y San Severino, celebró Pio IX la festividad de la Ascension del Señor, y desde una de las alturas del edificio dió, como si se encontrara en Roma, la pontificia bendicion, que, segun costumbre, cada año en aquel dia envia al mundo católico.

En Sinigaglia todas las calles se empavesaron con delicado gusto, erigiéndose en una de sus plazas una pirámide colosal sosteniendo la estatua del Soberano Pontífice.

La Municipalidad, para acrecentar el regocijo público, concedió veinte y cinco dotes á otras tantas jóvenes designadas por la suerte, y decidió que durante tres dias se distribuyese gratuitamente el pan á todos los pobres ciudadanos de Pio IX.

El dia 27 de mayo las jóvenes agraciadas por el dote municipal comulgaron durante la misa de Su Santidad.

Fano y Pésaro rivalizaron en entusiasmo; el duque Maximiliano, futuro emperador de Méjico, y entonces gobernador del reino Lombardo-Veneto, se presentó en esta última ciudad á ofrecer los cordiales homenajes del mas sincero respeto.

El dia 10 de junio Pio IX llegó á Bolonia aclamado por inmensa muchedumbre.

Venia Su Santidad profundamente conmovido por las demostraciones de que habia sido objeto en Imola, sede de su antiguo obispado, y en Castel-San-Pietro y en San Lázaro.

La iglesia metropolitana de Bolonia se habia adornado con galas semejantes á las de la esposa que se apareja para recibir al esposo. En el frontispicio de aquel templo augusto se puso la siguiente inscripcion, que perfectamente expresa la piedad de los boloneses, su devocion á la santísima Virgen y á la cátedra de Pedro, así como el amor, la adhesion y fidelidad á Pio IX.

MARIA. MAGNA. CHRISTI. MATER
 CIVIS. IMAGO. LYCANO. E. MONTE. EXCVBIARVM
 VRBEM. NOSTRAM. ANTIQVA. SVB. RELIGIONE. TVETVR
 PETRE. SANCTE. APOSTOLE
 PRINCEPS. PONTIFICVM. MAXIMORVM
 QVANDOQVIDEM
 PIVS. IX. PONT. MAX. PATER. CHRISTIANI. NOMINIS
 MAGISTRATIBVS. ET. PRIMORIBVS. CIVITATIS. OBIAM. PROCESSIS
 DENSISSIMO. ET. LAETISSIMO
 CIVVM. INCOLARVM. ADVENARVM. AGMINE. PROSEQUENTE
 QVASI. INTER. SOLEMNIA. TRIUMPHI
 TEMPLVM. HOC. VESTRVM. VENERABVNDUS. INGREDITVR
 VOLENTES. PROPITH. ANNVI. VOTIS
 QVAE. PRAEVENTE. PONTIFICE. MAJORE. NOSTRO
 ADSTANTIBVS. INSIGNIVM. SACERDOTIORVM. COLLEGIIS
 CVRIONIBVS. ET. SACERDOTIBVS. VNIVERSIS
 MIXTA. LONGAEVIS. PATRIBVS. NVNCVPAMVS
 VOS. OBTESTAMVR. QVAESVMVSVE
 TEG. MAXIME. REGINA. CAELITVM. SANCTORVM
 QVAE. RITE. REDIMITAM. NOVAQVE. GLORIA. DECORATAM
 CELEBRIS. POMPA. CRASTINO. AD. TVAM. DVCE. AEDEM
 SUMMO. ANTISTITI. RELIGIONIS
 ET. PRINCIPI. NOSTRO. INDVLGENTISSIMO. ADESTE
 VTI. QVAE. AC. ILLO. GESTA. SVNT. SERVTVR
 POSTQVAE. GERENTVR. BENE. VERTANT
 EAQVE. OMNIA. BENE. IVVETIS. BONIS. AVCTIBVS. AVXITIS
 MANVSQVE. VESTRVM. HOMINIBVS. FORTVNANDIS. DATVM
 IN. TERRIS. DIVVM. SISTATIS
 CVSTODITE. SERVATE. PROTEGITE. HVNC. STATVM. HANC
 PACEM
 OMNIAQVE. CONSILIA. AVT. PIA. FOVETE. AVT. IMPIA
 AVERTITE

Catorce prelados, entre arzobispos y obispos, pertenecientes al Estado pontificio, á la Toscana, Lombardía y Venecia, esperaban en la basilica de Bolonia, para honrar con su presencia y con sus votos al Obispo de los obispos.

Su Santidad quiso corresponder á los favores dispensados por la Madre de Dios y á los obsequios que á su pontificia persona le consagraban los boloneses, coronando solemnemente la santa imágen de la Virgen del *Monte della Guardia*, á la que los habitantes de Bolonia profesan una tradicional é inmutable devocion.

La santa imágen colocada sobre un rico almohadon fue trasladada por manos de sacerdotes al lado izquierdo del solio pontificio. El Padre Santo revestido de capa pluvial, color blanco, entonó el *Regina caeli*, que siguió con coro de distinguidos cantores, el que concluido subió el Papa las gradas del altar y

puso enternecido una corona de oro, con preciosos diamantes, en las sienas de la piadosa imágen.

Pio IX sentia rebosar el júbilo mas puro en su pecho, y no pudiendo contener el entusiasmo que le dominaba, vuelto de cara al pueblo, revestido aun de pontifical, desplegó sus pastorales labios y pronunció una brillante y arrebatadora alocucion.

«Existe, dijo, entre el cielo y la tierra un comercio divino; y lo que nosotros pagamos en tributo de alabanzas, de honores y de veneracion á los Santos, á los Ángeles, y á la que de los Ángeles y de los Santos es Reina, y al mismo Dios, todo acá se nos devuelve en socorros y gracias, y en el cielo en eternas recompensas...»

«María es la esposa muy amada que nos elevó de la tierra al cielo para coronarla. Los que la aman la siguen; son tan fieles á Dios como á ella, y ella en cambio les aleja de las guaridas de los leones y de las montañas de los leopardos, *de cubilibus leonum, de montibus pardorum*; es decir, de en medio de los pecadores, de esos enemigos de Dios, mas temibles que las bestias feroces, y los conduce á los brazos de su Hijo divino. Allí devolverá ella con creces á sus servidores lo que hubieren ellos ofrecido sobre la tierra, y en cambio de los frágiles emblemas que le consagran en este lugar de destierro, ceñirá á sus frentes coronas inmortales...»

Pio IX concluyó con la siguiente frase, que llevó á su colmo el entusiasmo de los boloneses: «He rogado y rogaré siempre á nuestra Madre en favor de Bolonia, que por la piedad y devocion que atesora es verdaderamente su hija.»

Su Santidad recibió allí las visitas del duque de Módena, Francisco V, y de la duquesa, hija de S. M. el rey Luis de Baviera, así como la de la linda hermana de esta D.^a María Beatriz-Ana-Francisca, casada con D. Juan Carlos de Borbon. Pio IX confirmó en la iglesia de San Miguel del Bosque de Bolonia á los hijos de D.^a María Beatriz y de D. Juan, Carlos y Alfonso, tiernos príncipes que contaban á la sazón la edad de ocho y siete años respectivamente.

Visitó tambien á Su Santidad el duque Roberto de Parma, príncipe de nueve años de edad, enviado por su madre, enferma en Parma, á recibir la bendicion apostólica.

La guarnicion austríaca de Bolonia quiso dar á Pio IX una muestra militar de deferencia, presentándose en orden de parada en una brillante revista que debia ser pasada por el egregio soberano de Roma. Los soldados llevaban en sus morriones ramos de encina artísticamente entrelazados, y las banderas de todos los regimientos fueron adornadas con hermosas coronas de laurel fresco.

Siete generales procedentes de las plazas de Lombardía y Venecia se hallaban al frente de sus tropas, destacándose en el fondo de aquel cuadro la noble figura del feld-mariscal Giulay, jefe de los ejércitos de Italia, Iliria y Carintia.

El General se adelantó al aparecer Su Santidad, y llevando por tres veces la empuñadura de la espada á su propio pecho, saluda al Padre Santo, y dando señal á las bandas que suspendan el himno real dió la voz *Knie! nieder, jzum gebet!* esto es, «de rodillas, ¡á orar!» y las rodillas de millones de bravos se curvan y miles de cabezas se descubren é inclinan. Entonces el campo militar se convierte en un santuario de oracion; y el Pontífice Sumo eleva la mano

y levanta la voz y bendice aquellos regimientos que llevaban escrito en sus agujereados pendones el certificado de su histórica bravura.

Este fue el tercer cuadro militar en el que de solemnísima manera ha aparecido la grande figura de Pro IX: el primero se desplegó en Gaeta, bendiciendo al ejército español, el segundo en Roma, bendiciendo al ejército francés.

Aconteció en Bolonia un hecho digno de ser consignado en la historia del previsor y firme Pontífice.

El caballero Buoncompagni, enviado por el Gobierno sardo á felicitar á Su Santidad, fue introducido á su soberana presencia. Al entrar en el salon de la audiencia el caballero piomontés dirigió á Su Santidad la palabra, manifestándole llevaba el encargo de felicitarle en nombre de su Soberano y de su Gobierno. Oía el Papa las palabras de S. E. con aquella amabilidad que le es natural, cuando se le antojó á este decir: «Mi Gobierno, Beatísimo Padre, se «hace un deber y una gloria de proteger á la Religion y á la Iglesia...» Lo que oyendo el Padre Santo: «Basta, le dijo, os ruego que no prosigais; no «hablemos de estas cosas, porque á pesar mio me veria obligado á contradeciros.»

Buoncompagni, pálido y confuso, enmudeció, y Pro IX, para facilitar el desenlace de aquel incidente desagradable, le despidió con afabilidad suma.

No puede concebirse un rasgo mas feliz de humana soberanía que el de Pro IX en aquella escena.

Todos los pueblos, villas y ciudades que tuvieron la ventura de hospedar al egregio Pontífice manifestaron unanimidad y fervor de adhesion y cariño.

Empero, parécenos tarea inútil detallar un viaje cuya reseña trazó el mismo Pro IX, cuando á los pocos dias de su regreso á Roma dió al sacro Colegio genuina noticia de los obsequios que recibió y de las impresiones que causaron á su paternal corazon.

Agrada leer aquellas páginas en que con una sencillez admirable describe los principales incidentes de aquel apostólico viaje.

Dejemos, pues, historiar al mismo Pro aquella importantísima excursion:

«Venerables hermanos, decia Su Santidad en la alocucion pronunciada en el consistorio de 25 de setiembre del mismo 1857, tan luego como con el favor de Dios hubimos regresado á nuestra cara ciudad sanos y salvos despues de un viaje de cuatro meses emprendido para visitar á los queridos pueblos de nuestro Estado pontificio, nada mas grato á Nos, venerables hermanos, que el dirigiros la palabra, ya para cumplir con los deberes de nuestro señalado amor hácia vosotros, ya para excitar vuestra excelente y reconocida religiosidad á rendir con Nos gracias sin fin al Señor de las misericordias, que derramando las bendiciones de su divina clemencia sobre nuestro viaje, ha hecho que reportáramos de él colmados frutos.

«Salido que hubimos, como lo sabeis, de esta ciudad con el principal objeto de satisfacer nuestra singular devocion á la Inmaculada y santísima Virgen María, Madre de Dios, yendo á venerarla en su sacratísima y augustísima casa Lauretana, visitamos además otras ciudades que se hallan camino de Loreto, y recorrimos en el decurso de nuestro viaje las principales de los dominios pontificios situadas en Umbria, Piceno, Emilia, Patrimonio y demás provincias. Y á la verdad, no pudimos menos de regocijarnos en gran manera y tributar las mas humildes acciones de gracias al Dios dispensador clemen-

tísimo de todos los bienes, al ver que todos cuantos pueblos hemos visitado, con tan festivas demostraciones de júbilo nos manifestaban sus piadosos sentimientos y su piadosa adhesion á esta Silla apostólica, que este nuestro viaje tenia el carácter de un solemne y continuo triunfo de nuestra santísima Religion. Pues en todas, no solamente vuestros distinguidos colegas de la santa romana Iglesia los cardenales arzobispos, los obispos y demás prelados de las respectivas diócesis, el clero, los magistrados y las mas notables personas de los pueblos gloriábanse á porfía manifestando hácia Nos y la Santa Sede el mas obsequioso honor con toda suerte de públicas y solemnes demostraciones, sino que, por doquiera que pasábamos, toda la poblacion, las clases todas, de todas edades, saliendo á tropel á nuestro paso y prorumpiendo en las mas efusivas, entusiastas, festivas aclamaciones, de tal manera demostraban su afecto filial á la humildad de nuestra persona, y su veneracion al Vicario de Cristo sobre la tierra; de tal manera rivalizaban en patentizar su fidelidad y su acendrada sumision al propio Príncipe con las mas claras manifestaciones, que muchas veces nos arrancaron lágrimas. Y deseáramos aquí nombrar una á una las ciudades todas, las villas, los pueblos, los hombres todos, y tributar á cada uno las gracias que les son debidas por sus merecimientos, si nos lo permitiese la indispensable brevedad de nuestro discurso.

«Mas como quiera que nada nos puede ser mas grato que mencionar la religiosidad y el amor que á esta Sede apostólica han demostrado de una manera tan luminosa todos aquellos pueblos, hemos acogido con la benevolencia que cumple á la caridad de nuestro paternal corazon, y con singular atencion, á las autoridades de todas partes y de todos órdenes, que en términos reverentes y razonados, cual corresponde á fieles y rendidos súbditos de la Santa Sede, nos expusieron deseos y peticiones especiales, concernientes á necesidades propias de cada poblacion y á la mayor prosperidad del comercio. Y no descuidamos el promover y establecer en muchas partes, con toda la eficacia de nuestra buena voluntad, cuanto creimos conducente á estimular y fomentar mas y mas la religion y piedad de los mismos pueblos, y el mayor impulso de sus intereses materiales y bienestar temporal. Pero sin descanso pedirémos y rogarémos en la humildad de nuestro corazon á Dios, que así á los pueblos que acabamos de visitar, como á los demás sometidos á la potestad civil de esta Silla apostólica, los colme propicio y misericordioso de los dones de su divina gracia, acrecentándoles cada dia mas su fe, su esperanza, su caridad y su sólida piedad, llenándolos de toda verdadera virtud; que con su celestial ayuda dirija, auxilie, prospere sus artes, su industria, su comercio, concediéndoles toda abundancia del rocío del cielo y de la grosura de la tierra; y que con su virtud omnipotente, á pueblos que nos son tan caros, los proteja contra el contagio de tantos errores como cunden, y los libre y los aparte de las asechanzas, estratagemas y maquinaciones de los hombres nefandos é impíos.

«Si sentimos grande consuelo al hallarnos en medio de nuestros carisimos pueblos, no fue menor el gozo que experimentamos cuando hubimos atravesado los confines de nuestro Estado pontificio. Puesto que, como á todos vosotros consta, venerables hermanos, nos visitaron muchos ilustres príncipes, deseosos de rendir los homenajes de su adhesion y respeto al Vicario de JESUCRISTO. En primer lugar, hallándonos en Perusa, nos visitó nuestro muy amado hijo en Cristo el archiduque Carlos, enviado por su augusto padre